

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

14



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1973

ñaba la economía. Consideraba a algunas instituciones religiosas como los conventos, inútilísimas, principalmente dada su abundancia en las ciudades. Era favorecedor de la industrialización de nuestros países y de la introducción de capital extranjero que la hiciera posible y que adiestrara técnicas y oficiales aptos y capaces. Creía que la Nueva España frente a los restantes países, los cuales había recorrido en medio de grandes calamidades, era muy superior tanto por sus recursos naturales variados e inmensos como por los humanos. Defendía la explotación de esos recursos y propiciaba su defensa, por ello combatía entre otros vicios la deforestación irracional y dañosa y recomendaba el establecimiento de una industria pesquera que aprovechara los tesoros marinos que sus litorales ofrecían.

Sostenía la necesidad de establecer gobiernos respetados que defendieran la integridad de sus territorios y no sucumbieran frente a los peligros de la política norteamericana e inglesa. Para ello insistía vehementemente en mantener la unidad de ideales y de intereses de los próceres. No deseaba una América fragmentada en muchos estados, sino un núcleo corto, persistente y estrechamente unido de repúblicas fuertes que pudieran bastarse a sí mismas, intercambiar sus producciones y hacer frente todas ellas a un destino común.

Tales son las ideas más salientes que surgen de la lectura de sus escritos que presentamos a la inteligente visión de nuestros lectores, para que ellos puedan por sí solos admirar más a este inquieto, inteligente y patriota mexicano, hasta hace poco tan mal conocido.

ALEXANDER AGASSIZ, OLVIDADO VIAJERO A YUCATÁN

LIC. RODOLFO RUZ MENÉNDEZ
Universidad de Yucatán

DESDE QUE YUCATÁN FUE DESCUBIERTO, en 1506, por la expedición que exploró parte de su costa oriental, comandada por Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, este último compañero de hazañas y de gloria del Descubridor de América, numerosos visitantes intrépidos han recorrido su territorio y dejado testimonio escrito de sus andanzas, algunos imagen fiel de la realidad, otros llenos de fantasías, los más, encomiásticos y los menos, denigrantes.

El primero de estos viajeros fue Fray Alonso Ponce, quien acompañado por Fray Antonio de Ciudad Real visitó la Península, entre los años de 1588 y 1589, dejando interesantísimo relato, que incluye descripción de las Ruinas de Uxmal, mismo que se publicó bajo el extenso título de "Relación Breve y Verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario General de aquéllas partes. Trátanse algunas particularidades de aquellas tierras y dícese su ida a élla y vuelta a España, con algo de lo que en el viaje le aconteció hasta volver a su Provincia de Castilla. Escrita por dos religiosos, sus compañeros, el uno de los cuales le acompañó desde España a México (Fray Alonso de San Juan) y el otro (Fray Antonio de Ciudad Real) en todos los demás caminos que hizo y trabajos que pasó. Ahora por primera vez impresa." Madrid, Imprenta de la Viuda de Calero, 1873-1875. Dos tomos. (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Tomos LVII y LVIII).

El barón Frederic Waldeck fue el primer visitante extranjero de las ruinas mayas, que da a conocer sus impresiones y experiencias, en un libro publicado en francés, en 1838, editado en español en Mérida, en 1930, por don Carlos R. Menéndez, con el nombre de *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, durante los años de 1834 y 1836 por Jean Frederic de Waldeck*. Traducción y prólogo del doctor Manuel Mestre Ghigliazza.

Aunque no es nuestro propósito continuar enumerando a los más destacados viajeros a Yucatán, no podemos dejar de mencionar a John Lloyd Stephens, autor de un admirable libro *Incidentes of Travels in Yucatan*, Nueva York, 1843, maravillosamente ilustrado por su amigo y compañero el inglés Frederick Catherwood, que dio a conocer nuestros monumentos arqueológicos en el mundo entero. El doctor don Justo Sierra O'Reilly tradujo y anotó esta obra, que ha tenido múltiples ediciones en lengua inglesa y varias en la española, la última de las cuales fue patrocinada por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1937, y que lleva por título *Viaje a Yucatan, 1841-1842*. En esta edición se agrega lo que Stephens escribió, anteriormente, acerca de Yucatán, en otro igualmente admirable libro que, en su última edición española, Costa Rica, 1971, traducción de Benjamín Mazariago Santizo, se denomina *Incidentes de Viaje a Centro América, Chiapas y Yucatan*.

Cabe recordar también a Desiré Charnay, ilustrado viajero y arqueólogo francés en varias de cuyas obras se menciona sus recorridos por el Mayab, con importantes noticias acerca de sus ruinas y de los usos y costumbres de sus naturales. Una de ellas, *Ma dernière expedition au Yucatan*, fue traducida al español por el licenciado don Francisco Cantón Rosado, e impresa en Mérida, en dos ediciones sucesivas, una de 1888, sin ilustraciones y otra ilustrada, de 1933, bajo el título, ambas, de *Viaje a Yucatan a fines de 1886*.

Asentamos, como dato curioso, que el licenciado José Fernando Ramírez, Ministro del Emperador Maximiliano y acompañante de la Emperatriz Carlota, en su viaje a Yucatan, a fines de 1865, publicó también, en ese año, sus impresiones de viaje, en un libro titulado *Viaje a Yucatan*, reeditado en esta ciudad por don Carlos R. Menéndez, en 1926.

Entre las obras inexactas, fantasiosas o denigrantes puede mencionarse *Rambles in Yucatan*, Nueva York, 1843, escrita por Benjamín M. Norman, que vino a Yucatan en pos de la fama de Stephens y *The American Egypt. A Record of Travel in Yucatan*, Nueva York, 1909, de Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, ambas nunca traducidas al español.

Quien quiera seguir las huellas de todos los más importantes viajeros a Yucatan, debe consultar un interesantísimo trabajo de nuestro estimado amigo el escritor yucateco don Víctor M. Suárez, Medalla Yucatan, publicado en el Suplemento del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 1956, bajo el título de *Fichas Bibliográficas de visitantes a Yucatan*, que contiene nada menos que 78 Bibliografías críticas, de otras tantas obras de relatos de viajes a nuestra tierra.

Deja de mencionar, don Víctor M. Suárez, la obra de Stephens Salisbury, Jr., *The Mayas. The Source of Their Mystery. Dr. Le Plongeon in Yucatan. His*

Account of Discoveries. Privately Printed. Worcester, 1877. 103 págs. (Ilustrada con "Plano de Yucatan", trazado en 1848, por el Coronel de Ingenieros Santiago Nigra de San Martín y con numerosas fotografías del sitio donde se halló la estatua del Chac-Mool y edificios próximos, así como de la exhumación de dicha estatua y de las reliquias encontradas con ella), de la que en otra ocasión nos ocuparemos más a fondo.

Ninguna bibliografía yucatanense y, por supuesto, tampoco don Víctor M. Suárez, menciona la obra de G. R. Agassiz: *Letters and Recollections of Alexander Agassiz with a Sketch of his life and Work*. (With portraits and other illustrations), Boston, 1913. 454 págs., y que será materia de este trabajo.

La obra en cuestión, nunca traducida al español, pero cuyo título en castellano significa: *Cartas y recuerdos de Alejandro Agassiz, con un bosquejo de su vida y obra*. (Con reproducción de retratos y otras ilustraciones), fue editada por un hijo de Agassiz, como homenaje a su memoria y, en sus páginas, de la 191 a la 203, capítulo IX. 1881-1884. *México y la India*, se habla del viaje a Yucatan de Alejandro Agassiz, distinguido y próspero científico norteamericano, que llega a Progreso el 29 de diciembre de 1881. para retornar a Cambridge, Massachusetts, en febrero siguiente. En el capítulo citado se reproducen dos cartas suyas desde Mérida y una desde Ixamal, dirigidas a su esposa, que contienen noticias interesantes de sus observaciones en ambas ciudades y de sus visitas a Chichén Itzá, acompañado de Desiré Charnay, a quien ya hemos mencionado, y a Uxmal, en las que afloran sus prejuicios contra lo español y su incompreensión del medio, expresados en durísimos e injustificados conceptos, impropios, en verdad, de un científico de su prestigio.

Para comprender mejor quién fue Agassiz y cuál fue su importancia como científico, permítasenos reproducir aquí lo que acerca de él dice la *Enciclopedia Británica*, Chicago, 1959, obra de consulta de reconocida solvencia informativa:

Agassiz, Alexander Emanuel (1835-1910). Hombre de ciencia estadounidense, hijo de Jean Louis Rodolphe Agassiz, nació en Neufchatel, Suiza, el 17 de diciembre de 1835. Se trasladó a los Estados Unidos, con su padre, en 1846. Egresado de Harvard, en 1855, posteriormente estudió Ingeniería y Química, por lo que obtuvo el grado de Bachiller en Ciencias, en 1857. en la Escuela Científica Lawrence de la propia Institución. En 1859, llegó a ser Ayudante de la U. S. Coast and Geodetic Survey. Desde entonces se convirtió en especialista en Ictiología Marina, pero dedicando gran parte de su tiempo a la investigación, inspección y explotación de minas, habiendo sido Superintendente de las minas de cobre Calumet y Hecla del Lago Superior, de 1866 a 1869 y, posteriormente, como accionista de las mismas,

adquirió una fortuna, de la cual donó a Harvard, para el Museo de Zoología Comparada y para promover el estudio de la Biología en Harvard y en cualquier otra parte, más de un millón de dólares. En 1875, inspeccionó el Lago Titicaca, en el Perú, examinó las minas de cobre de Perú y Chile y formó una colección de antigüedades peruanas, para el Museo antes mencionado, del cual fue Curador de 1874 a 1885. Auxilió a Sir Wyville Thomson en la revisión y clasificación de las colecciones de la expedición exploratoria "Challenger" y escribió las *Adiciones a los Erizos de mar*, en los informes de la misma. Entre 1877 y 1880, tomó parte en las tres expediciones de dragado del Vapor "Blake" de la U. S. Coast and Geodetic Survey y presentó un relato completo de ellas, en 1888. A sus otros escritos acerca de la Zoología Marina, la mayor parte de los cuales están contenidos en los Boletines y Memorias del Museo de Zoología Comparada, debe agregarse *Estudios de Historia Natural de los Litorales*, que publicó, en 1865 (con la colaboración de Elizabeth Cary Agassiz, su madrastra), obra en un tiempo exacta y estimulante, y, en 1871, *Animales Marinos de la Bahía de Massachusetts*. Murió en el mar, a bordo del 'Adriatic', navegando hacia los Estados Unidos, el 27 de marzo de 1910. Ver G. R. Agassiz (editor), *Letters and Recollections of Alexander Agassiz*. (Borton, 1913), que contiene un bosquejo de su vida y obra."

Sólo resta agregar a lo dicho por la *Enciclopedia Británica*, que el padre de Alejandro, Jean Luis Rodolphe Agassiz (1807-1873), nacido también en Suiza y naturalizado norteamericano, fue uno de los más grandes y famosos naturalistas y maestros de su especialidad, al que su hijo sucedió como Curador del citado Museo de Zoología Comparada de Harvard.

Achaques de salud forzaron a Alejandro Agassiz a huir de los crudos inviernos de la Nueva Inglaterra, trasladándose a climas más cálidos, pero sin abandonar nunca ni sus intereses científicos, ni mucho menos los económicos. Su viaje a Yucatán está determinado por su deseo de conocer sus ruinas, el clima caliente, la perspectiva de hacer un poco de ejercicio y la facilidad de trasladarse a California, vía México, con los ojos muy abiertos para observar la geología de la región, los Erizos de Mar y también las minas y sus posibilidades, con miras a buenos negocios futuros. Además, vive en Mérida don David Casares Galera (1835-1914), brillante ingeniero, técnico de todas las empresas ferrocarrileras de la Península y director de importantes construcciones, entre ellas la del propio Palacio de Gobierno del Estado, a quien conoció en Harvard, cuando ambos estudiaban su Bachillerato, con el que lo une excelente amistad y quien ha de ser, en cierto modo, su anfitrión. Casares Galera, hijo del distinguido maestro don Manuel Casares de las Llanas, había obtenido su título profesional en la Escuela Central de París, tras ocho largos años de estudio. Su biografía puede

consultarse en *A través de las centurias*, tomo III, Mérida, 1931, de José Ma. Valdés Acosta.

La *Revista de Mérida*, dirigida en aquel entonces por el señor J. Vidal Castillo, en sus números 15 y 16, página dos en ambos casos, correspondientes, respectivamente, al jueves 19 y viernes 20 de enero de 1882, da cuenta de la estancia de Agassiz en Mérida y también de la de Charnay, que había llegado, procedente de México, el 3 de diciembre del año anterior y quien, veinte años antes, había hecho su primera visita a Yucatán, según afirma don Carlos R. Menéndez, en *Noventa años de Historia de Yucatán* (1821-1910), Mérida, 1937. Las gacetillas se refieren a un banquete ofrecido a los distinguidos visitantes, conteniendo, la primera, la inexactitud de llamar Arqueólogo a Agassiz que, como veremos, no supo comprender el arte maya. Hélas aquí, en el orden a que nos hemos referido:

Primera Gacetilla del jueves 19 de enero de 1882.

"Banquete. Anoche hubo uno, dedicado al Sr. Agassiz, por varios amigos suyos, en los espaciosos salones de 'La Unión'. Estuvo animadísimo, habiéndose cruzado los brindis más entusiastas entre los invitados. Nos complace-mos al consignarlo, pues eso y mucho más merece el ilustre Arqueólogo, que ha venido a honrarnos con su visita a nuestras antigüedades."

Segunda Gacetilla del viernes 20 de enero del propio año.

"Banquete. Anunciamos en nuestro número de ayer a vuelapluma, el banquete ofrecido la noche del miércoles, en el local de la Sociedad de 'La Unión', a los señores Agassiz y Charnay. Circunstancias independientes de nuestra voluntad nos privaron de asistir a aquella simpática fiesta, a que fuimos invitados, y a la que concurrieron distinguidas personas de ciencia y amigos de aquellos ilustres viajeros, habiendo reinado la más cordial fran-queza en la reunión, que se prolongó más de tres horas.

Hubo brindis entusiastas a los que correspondieron en los términos más expresivos los ilustres viajeros, sin que se hubiese dejado de hacer mención del señor Salisbury (se trata del ya citado Stephens Salisbury, Jr.), que tantas simpatías tiene por los yucatecos y que es antiguo y buen amigo del señor Agassiz. Uno de los circunstantes dio lectura a una cartita de nuestro apreciable corredactor y amigo don Felipe Ibarra Ortoll, quien no pudo asistir, y en ella terminó proponiendo un brindis 'por los amigos nuevos y antiguos y por los amigos presentes y ausentes', cuyo brindis fue acogido con aplausos.

La mesa fue servida espléndidamente como era de esperarse, y el local

se hallaba sencilla, pero elegantemente decorado, ostentándose a la cabeza del salón principal, los pabellones Nacional, Americano y Francés.

Todos los circunstantes se retiraron muy satisfechos de aquel agradable convite, que ha venido a estrechar más la estimación que se han conquistado en nuestra sociedad el afamado profesor señor Agassiz, a quien deseamos el más feliz viaje al interior de la República y al ilustrado viajero señor Char-nay, a quien, una vez más, esperamos tenga grata permanencia en Mérida".

Ya es tiempo de que transcribamos las tres cartas dirigidas por Agassiz a su esposa, desde Yucatán, dándole cuenta de sus andanzas e impresiones, en aquella época, en la que viajar por el interior del Estado, sin caminos adecuados, ni comodidad alguna y bajo la constante amenaza de los indios rebeldes, era una auténtica aventura. Traducidas, por primera vez, al español, por nosotros, dicen textualmente, como sigue:

A la Sra. Louis Agassiz

Mérida, 2 de enero de 1882.

"Por fin llegué aquí, el sábado por la noche, después de un agradable tránsito por La Habana. Pero, en cuanto arribamos a Progreso, el puerto de este lugar, un persistente norte se instaló y tuvimos que levar anclas todo el viernes, sin comunicación con la costa, con la agradable perspectiva de que el viento pudiera durar 3 o 4 días y, entonces, ser llevados a Veracruz, sin tener oportunidad de desembarcar. Afortunadamente, el sábado por la mañana el viento se calmó y los botes se dirigieron a la playa, después de maniobrar. El Cónsul Americano se me unió en Progreso. Pasó mis guardados por la Aduana, sin melindres y mi único contratiempo fue la pérdida de un abrigo de verano, el cual, con los múltiples acarreos hechos del bote a la playa, a la Aduana, al hotel, al vagón, encontró otro propietario.

Aunque tuvimos toda la mañana para transbordarnos, antes de que el tren partiera para Mérida, los retrasos de la Aduana, etc., fueron suficientes para mantenernos ocupados, hasta que aquél se hubo marchado, y tuvimos que ir a Mérida, al través de 27 millas, en vagón, que es llamado 'Volacaché' (quiso decir Volankoché), un delantal de cuero estirado sobre un cuadro y suspendido sobre dos inmensas ruedas, como los volantes cubanos, sólo que con ejes cortos. Esta máquina está tirada por tres mulas, que marchan a galope tendido y lo mantienen durante todo el camino, al través de protuberancias y hondonadas, de charcos y de secos, gracias a los gritos y chichotazos del conductor indio, que se sienta al frente, arriba, mientras los pasajeros están acostados sobre un colchón, colocado encima del cuadro del

carro. Todo ello está cubierto por un toldo, para mantenernos secos y frescos, y uno se agarra, de la mejor manera que pueda, de los sostenes del toldo, para evitar saltar hasta el techo.¹

La carretera es perfectamente recta de Progreso a Mérida, tan plana como mi mano, pues la total elevación, en las 27 millas, viene a ser como de cinco pies; es precisamente como las carreteras de Key West (Cayo Hueso); de hecho mi traslado hasta Mérida me demostró lo que había sospechado, desde antes, que Yucatán entero está constituido, como la Península de Florida, de piedra caliza coralina. Por cerca de tres millas, tierra adentro, no hay nada sino una sucesión de llanos bajos con charcos cubiertos de manglares y lajas de piedra caliza coralina, tales como los que uno encuentra en el cabo oriental de la Isla de Key West. Todo esto encaja admirablemente bien con mis ideas acerca del antiguo curso de la Corriente del Golfo (Gulf Stream) y por su acción emergió, no solamente Florida, sino Yucatán. Esto completará mi capítulo del Blake admirablemente bien (alude aquí a su informe, en preparación, de las expediciones del Vapor Blacke) y si no hubiera visto nada, sino esto, mi estancia en Yucatán habría llenado su objeto.

Llegando a Mérida, fui conducido de inmediato a las más elegantes habitaciones que C. . . (don David Casares Galera, por supuesto), quien estuvo en el grado escolar anterior al mío, reservó para mí; tengo aquí de hecho, a mi disposición, una enorme sala, ahora desocupada, una de las más elegantes casas de Mérida, donde duermo y mis alimentos los tomo en la del Cónsul. Me encuentro precisamente en la Plaza, teniendo enfrente la Catedral y, anoche, que era jueves y Día de Año Nuevo, fue un regalo para los ojos ver a todos los indios, hombres y mujeres, con sus limpios vestidos blancos, elegantemente bordados, sentados o paseando, dedicados a fumar, charlar y darse gusto, a la animada manera mexicana. Nunca vi tal cantidad de gente limpia, toda ella de blanco immaculado, bien lavada, bien vestida y evidentemente trabajadora. Este es con ventaja el mejor espécimen de país hispano que he visto nunca; pero, en verdad, no es español, sino indio.

¹ El admirado poeta don Antonio Mediz Bolio, en carta fechada en Ochil, el 17 de agosto de 1957, dirigida a nuestro distinguido amigo el escritor yucateco don Renán Irigoyen, quien gentilmente nos facilitó copia xerográfica de ella, establece muy claramente la etiología de *volankoché*, palabra mestiza o híbrida que proviene del español *volán*, síncopa de *volanta* o *volante* y del maya *koché*: *litera*, *andas*. Y añade, con cierto gracejo: "Al Koché maya sobre ruedas españolas se le llamó *volán-koché*, que usaron nuestros antepasados y que yo alcancé y ocupé muchas veces. Es un predecesor del camión de pasajeros." J. L. Stephens describe este vehículo y su construcción, en su citada obra sobre Yucatán, pasaje que ha comentado Renán Irigoyen en su trabajo titulado *Orígenes y resultados de nuestro mestizaje*, publicado en *Orbe*, Órgano de la Universidad de Yucatán, No. 48, Mérida, junio de 1957.

Estoy de suerte, Hallé aquí a Charnay, el francés enviado por Lorillard,² que inicia mañana una expedición a Chichén Itzá,³ donde pueden verse algunas de las más lindas ruinas, por lo que voy a ir con él, para pasar ahí un par de días. Si hubiera sabido que Charnay estaba aquí y que podía juntarme con él, no me hubiera ocupado de México, para dedicarme por entero a Yucatán, bajo condiciones que, mucho me temo, no han de presentarse de nuevo, por algún tiempo.

Todo mundo por acá es muy cortés conmigo y pienso podría tener cualquier cosa que deseara, o tal vez, porque no deseo nada, todos son tan corteses. Si te encuentras con Charles Norton,⁴ cuéntale de mi buena suerte y dile también que el modo que más nos conviene, para que Yucatán sea explorado, es dándole ayuda al Cónsul Americano local, Louis H. Aymé, quien es muy entusiasta y quien aprenderá de Charnay, durante su expedición, toda la parte práctica de sacar moldes, etc., etc.

Me estoy sintiendo perfectamente descansado. Duermo de nueve a siete, cotidianamente, estoy a la intemperie todo el día y espero regresar de mi expedición en excelentes condiciones, excepto, quizá, un poco hambriento. La temperatura es deliciosa, alrededor de 70° (Fahrenheit), todo el tiempo, tal como me gusta; ¿Por qué no puedo introducir esta reforma, entre otras, en el clima de Cambridge? No tendrás noticias mías hasta que regrese de Chichén Itzá. Partimos mañana al amanecer.

Cariños a los muchachos y a la familia. Por favor, conserva mis cartas, pues es mi manera más sencilla de llevar un diario —¡no es que desee guardarlas por su pulido estilo!”

A la Sra. Louis Agassiz

Izamal, 7 de enero de 1882.

“Te escribo ésta esperando estar en Mérida mañana, a tiempo para al-

² Lorillard, protector norteamericano de Charnay, en cuyo recuerdo bautizó éste, con su nombre, unas ruinas situadas en la parte meridional de México, cerca del río Usumacinta, que forma la frontera con Guatemala, en la región de los lacandones, cuando las visitó, 1881. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. Tomo XXXI, Espasa, Barcelona.

³ Charles Eliot Norton escribe a Agassiz: “Estoy especialmente satisfecho de que tenga tan buena oportunidad de ver las ruinas de Chichén. Ningún otro americano vivo, hasta donde sé, cuya información puede ser verídica, las ha visitado.” Nota del editor de las cartas de Agassiz.

⁴ Charles Eliot Norton (1827-1908) fue un erudito investigador norteamericano, especializado en el Dante, nacido en Cambridge, Massachusetts. *The Encyclopedia Americana*. Nueva York.

canzar el Correo. He regresado tan lejos como donde estoy, de mi primera visita a las ruinas, que ha sido uno de los viajes más acertados e interesantes. A propósito, Izamal queda a unas cincuenta millas al oriente de Mérida, en caso de que desees ver donde he parado. Las ruinas que he visitado están en Chichén, a unas ciento veinte y cinco millas de Mérida, hacia el este. Dejamos Mérida a las 5 de la mañana del jueves último, en una, o más bien en tres, de estas máquinas de madera galopantes, sobre dos ruedas, como en la que hice mi entrada en Progreso. Mr. Charnay tenía toda una colección de efectos personales, para una permanencia de 10 días y fue, por supuesto, bien cargado con toda suerte de adminículos.

El primer día, hacia la altura de Izamal, marchamos lindamente, con el camino en buen estado y con las mulas, todo el tiempo, a pleno galope, excepto un descanso de dos horas, para desayunar, en un caserío a mitad del camino, llamado Cacalchén, donde obtuvimos huevos y frijoles y naranjas y café y tortillas. Pasamos la noche en Izamal, pero, en lugar de permanecer en el comparativamente cómodo lugar donde paso la noche (ahora), tuvimos que colgar nuestras hamacas en barracones, sucio lugar, aun para un pueblo hispano. Nos arreglamos para pasar la noche, después de una cena muy parecida al desayuno, y no partimos sino hasta las siete de la mañana, habiendo esperado pacientemente dos horas, después del chocolate, hasta que a nuestros muleros les dio la gana de continuar. El Cónsul Americano está con nosotros y se supone que tiene esta expedición a su cargo y que ha hecho todos los arreglos necesarios con las autoridades, pero, de algún modo, hasta ahora, las órdenes que debieron haber sido cruzadas, no han llegado hasta nosotros y, por todo el camino, hasta que llegamos a Chichén, sólo obtuvimos promesas y muy poco se había preparado.

El segundo día, de Izamal a Tritás (quiso decir Dzitás), fue agradable cabalgar; si pudieras imaginar un carro conducido a plena bajada desde el fuerte de Key West, sobre la playa rocosa, hasta el reducto, tendrías una muestra de la clase de conducción que tenemos. Llegamos a Tuncás, tras 29 millas, para desayunar, gustosos verdaderamente de tener un pequeño descanso; ahí nos hallábamos ya en territorio indio y me satisfacía de ver lo bien que estábamos, bajo la vigilancia de la escolta; el camino se hallaba bien custodiado, hasta la próxima parada, habiendo llegado a Tritás (Dzitás) con retraso, para encontrarnos con que todo lo que pudo reunirse, para enviar a las ruinas y que el Mr. Charnay había despachado, con dos semanas de anticipación, estaba todavía ahí, por lo que la tarde fue empleada en maldecir y tratar de obtener caballos y hombres, para que todo esto fuera transportado. Por fin, a fuerza de insistencia, a las cinco de la mañana se prometió proporcionarnos los hombres que fueran necesarios, por lo que caímos en las hamacas rendidos. A la mañana siguiente, ¡dieron las diez!,

antes de que consiguiéramos los hombres y los caballos, por lo que apuramos las cabalgaduras y a la pequeña escolta, para llegar a las ruinas a las dos de la tarde.

No puedes imaginarte los daños que estos indios han hecho; aún retienen la mayor parte de Yucatán, excepto una estrecha faja a lo largo de la costa, sin que hayan sido nunca sometidos; y no es cosa de admirar; y resulta tan difícil tratar de sofocar una nube de mosquitos, como capturarlos al través de los bosques, donde se han retirado. A cada momento causan perjuicios en los poblados y lo destruyen todo. Tritás (Dzitás) era un lugar próspero, de quince mil habitantes; nada se ha dejado sino unas cuantas casas y unos cuantos mestizos. Camino de las ruinas, atravesamos un par de poblados más, enteramente cubiertos por la vegetación, con árboles de unos diez años de edad, de tal modo que, si no hubieran sido señalados, jamás se sospecharía de su existencia. Contábamos con setenta y cinco hombres de escolta y unos cincuenta más se habían adelantado para despejar las ruinas, de modo que yo tuviera toda la tarde y el día siguiente, para ver las reliquias halladas en Chichén.

Consulta el Stevens (Stephens) que está en mis anaqueles *Steven's Yucatan* y encontrarás una buena descripción de todo lo que he visto, sólo que las ruinas se están dando al traste con rapidez y, en los últimos doce años, desde que Mr. Charnay estuvo aquí, los cambios han sido muy grandes y, con este grado de destrucción, nada quedará de estas magníficas ruinas, excepto montones de piedras. En Izamal hay también pirámides, que examinamos a nuestro tránsito. Las dos noches que pasamos en Chichén, vivimos en las ruinas, en el 'Castillo', de tal modo que estuvimos totalmente a salvo de ser atacados y los hombres, además, se distribuyeron en piquetes, vigilando cuidadosamente, pero todo estuvo tranquilo.

La única desventaja de esta expedición fueron las garrapatas; se queda uno totalmente cubierto de ellas; son muy pequeñas y pican que da gusto; los efectos posteriores son muy desagradables.

Eché una ojeada a la Geología del país, que es muy interesante y complementa la historia de Florida, admirablemente bien. No creo que estas ruinas sean muy antiguas. Maderos usados como dinteles y travesaños se encuentran en buen estado y este clima no les garantiza una gran antigüedad. Es el mismo viejo cuento del Perú y la consiguiente exagerada historia.⁵ Los indios actuales son una buena clase de gente y aun se apegan a su antigua lengua y hacen lo mismo que hicieron sus antepasados, al menos si podemos

⁵ "Por lo que había visto en Centro y Suramérica, él creía (Alexander Agassiz) que los Incas y razas similares no fueron tan civilizados, como generalmente se supone." Nota del editor de las cartas de Agassiz.

juzgar por las pinturas de las paredes, que muestran hasta los más minuciosos detalles. Algunos de estos dibujos están maravillosamente bien conservados y los bajorrelieves también, pero todo es primitivo y demuestra poco arte.

Qué lástima que estas ruinas no se encuentren en un país civilizado donde pudieran ser estudiadas y conservadas y tal vez aun restauradas. Espero hacer arreglos para ir mañana a otras ruinas y así sucesivamente, hasta el final de la semana, para tener entonces unos cuantos días de descanso, después de mi regreso de Uxmal. Esto será en una región bien segura. Pero es estúpido ir por ahí solo, especialmente cuando, al concluir la jornada, no hay nada que hacer ni por la tarde, ni por la noche. No me dará pena estarme de nuevo quieto por unos cuantos días, antes de volver al mar, porque esto es apurarse y apurarse, lo cual es un trabajo duro; pero tomarlo con más calma es imposible, excepto para un haragán profesional o para un español."

A la Sra. Louis Agassiz

Mérida, 17 de enero de 1882.

"Regresé ayer de Uxmal y encontré un paquete voluminoso de cartas procedentes de Cambridge. La carta de Rodolfo estuvo muy buena y muy legible; hazlo escribir a menudo. Yo le escribí una notita, por el último Vapor, para decirle que aquí no hay monos y que él podrá conseguir lagartijas, más avanzada la estación, cuando no se congelen por el camino.

No me arrepiento de haber tenido un par de días de descanso, pues mis viajes a las ruinas han sido verdaderamente fatigosos. He hecho poco más de cuatrocientas millas, sobre caminos verdaderamente infernales; levantándome al romper el día, zarandeado hasta despedazarme, con alimentación muy pobre y durmiendo en hamacas, lo que no es precisamente comodidad adecuada. Estoy empezando a sentir que no puedo sostenerme sin alimentación más nutritiva, que la que puedo obtener en los trópicos, por lo que debo arreglármelas para mantenerme, de aquí en adelante, en la proximidad de regiones más civilizadas, donde la comida no es simplemente frijoles y tortillas y café y chocolate y un huevo, muy de vez en cuando, con nada de beber, sino cerveza; por fortuna, fui prevenido de este estado de cosas y traje conmigo algún Claret, de tal modo que me las he arreglado bastante bien. Pero me siento muy cansado y no creo sea bueno para mí continuar de este modo, pues he perdido peso. He tenido de nuevo también síntomas de mi vieja dolencia, lo cual, probablemente, contribuya a que me sienta tan fatigado; si nada queda de esto, cuando llegue a México,

realizaré mi viaje al interior del país y volveré a casa vía Veracruz. Lo que parece que me ha dejado fuera de servicio es el chicoleo de los carruajes. Pensé que me encontraba bien fuerte, otra vez, pero, parece, que aún debo tener cuidado.

Este último viaje a Uxmal ha sido sumamente interesante. El Sr. C... (Casares, por supuesto), quien estuvo en el grupo escolar de 1856, y que ha sido de lo más amable y atento conmigo, me acompañó a Uxmal, de modo que todo fue muy agradable y no padecí soledad alguna. En una de las haciendas, donde pasamos la noche, se nos unió su primo y dos amigos más, quienes nos acompañaron a las ruinas y, desde ahí, regresamos a la hacienda del señor... (el editor omite el nombre, por razones obvias) a pasar la noche, antes de volver a Mérida. Esto me proporcionó excelente ocasión de ver algo de la clase de vida de la mejor sociedad, propiamente de los petimetres del Estado.

Francamente debo decir que aterra lo bárbaros que todavía son, por lo menos con cien años de retraso. Cómo alguien como C... (Casares, por supuesto), que pasó cuatro años en los Estados Unidos y que, posteriormente, estudió ocho años más en Francia, pudo volver a este estado semi-bárbaro, escapa a mi comprensión. Ellos comen como cerdos, duermen igual y tienen un santo horror al aire fresco y al agua fría. Lo primero que piensan es que uno tiene asegurada la fiebre y mantienen una bufanda, sobre sus bocas, por temor a permitir que la última miasma penetre en sus pulmones. Ninguna de las comodidades decentes de la vida se halla en alguna de las magníficas haciendas, donde nos detuvimos, ya sea para desayunar o para pasar la noche y, aunque los encargados habían sido prevenidos de que íbamos hacia allá, para tenerlo todo listo, había muy poco de comer y parecían no saber cómo utilizar aun aquello que tenían. Nos dieron algo de una miserable carne de res con papas, en tanto que había lechoncillos y naranjas y plátanos y toda clase de vegetales, creciendo alrededor. Y luego la suciedad, y las moscas y las garrapatas cebándose en nosotros, mientras recorríamos las ruinas, lo que no me indujo a ver, ciertamente, las cosas por su mejor lado.

Sin embargo, a pesar de todo esto, el viaje me compensó con amplitud y lo he disfrutado inmensamente y he aprendido gran cantidad de cosas. Cuando haya visto los 'pueblos'⁶ cerca de Santa Fé, tendré una idea mejor de la Arqueología Americana. No entraré en detalles acerca de las ruinas de Uxmal, pero te remito de nuevo a Stevens (Stephens), cuya información es más precisa.

⁶ En español, en el original, lo mismo que *volantes*, *tortillas*, "Castillo" y alguna otra palabra.

Todo mundo aquí es muy cortés conmigo, de hecho demasiado cortés, pero el esfuerzo de hablar español y practicarlo continuamente, es casi tan cansado como cabalgar, al mismo tiempo, por un camino muy escabroso y cuando ocurre hablar de Filosofía y de Religión, a lo que son muy afectas algunas de estas gentes, que teorizan todo el tiempo, entonces, ya es demasiado para mí."

Termina aquí el relato epistolar de Alexander Agassiz, que a pesar del mal humor de su autor, por los inconvenientes del viaje, descargado sobre los yucatecos, contiene noticias interesantes y curiosas y aun de verdadero valor científico.

Cabe apuntar que Desiré Charnay (1828-1909) menciona su encuentro en Yucatán, con Agassiz, así como también los estudios geológicos realizados por éste, durante su viaje a las ruinas. Puede consultarse lo anterior en la obra titulada *América Pintoresca*. Montaner y Simón Editores. Barcelona, 1884, estupendamente ilustrada, que contiene notables relatos de viaje, entre ellos algunos de Charnay, como *El viaje a Yucatán y al País de los Lacandones*, en el cual habla de Agassiz y del banquete que a ambos se les ofreció en Mérida, por los señores Aymé, Cantón, Casares, Carrillo y Ancona. Hube y Alvaro Peón, en los salones de la Sociedad "La Unión".

Para concluir, queremos nombrar al último visitante a Yucatán, de que tenemos noticias, que haya escrito sus impresiones de viaje, el licenciado Ciro R. de la Garza, distinguido jurista e historiador tamaulipeco, cuya mano tuvimos el gusto de estrechar, en Monterrey, en septiembre de 1971, con ocasión de celebrarse el Congreso de Historia del Noreste de México, del que fue alma nuestro muy querido amigo Israel Cavazos Garza. En su libro: *Algunas observaciones al margen de un provechoso viaje a Yucatán*, Ciudad Victoria, 1965, 49 págs., que aún no figura en ninguna bibliografía yucatanense, con motivo de una segunda estancia en Yucatán, en 1965, rememora el autor su primer viaje efectuado en 1929, para asistir, en Mérida, al Sexto Congreso Nacional de Estudiantes, llevando la representación de su Estado natal. El licenciado de la Garza proporciona curiosos detalles y describe las ruinas de Chichén y Uxmal y la ciudad de Mérida, comparativamente y entretejiendo recuerdos de sucesos y personas, de una y otra época.

Mérida de Yucatán, a 27 de enero de 1973.

Lic. Rodolfo Ruz Menéndez.